



Fuencisla García de la Cueva, 88 años.
Fco. Javier Expósito Jurado, 23 años.

Una vida dedicada a los demás

Ya desde pequeña, cuando debió cambiar de residencia hasta en tres ocasiones, Fuencisla García de la Cueva ha tenido una existencia muy intensa. Su familia ha sido lo más importante y tras casarse sus hijos vio cómo su vida dejaba de tener el vigor de antaño. Pero en la ayuda a los demás encontró un mundo nuevo.

Fuencisla cumplió el 16 de marzo de 2006 la espléndida edad de 89 años. Desde pequeña, se vio obligada a viajar por la profesión de militar de su padre. Así, a los 10 años abandonó su Segovia natal para recalar en Trubia, un pequeño pueblo de Asturias. Con 12 años partió junto a su familia a Valladolid y tres años después marchó a Madrid, donde ha pasado la mayor parte de su vida. En la capital conoció al que fue su marido, Francisco, cuando acudía al Liceo Francés para aprender el idioma del amor.

Con cuatro hijos, dieciséis nietos y nueve biznietos, Fuencisla se ha volcado por completo en su familia. Mientras que su marido trabajaba en el vivero que tenían, ella se dedicaba a sus hijos y a las labores del hogar.

En la década de 1960 entró a colaborar con Cáritas en la parroquia de San Cayetano, en la calle Ferrer del Río, donde acudía dos veces por semana para ayudar a enfermos y mayores donde fuera necesario. Y fue allí donde recibieron noticia de las actividades del Centro Cultural "Maestro Alonso", un centro situado en el número 6 de la calle del mismo nombre y propiedad del Ayuntamiento de Madrid. Para entonces (corría el año 1975), la última de las hijas de Fuencisla ya se había marchado de casa y ella se encontró con que algo faltaba en su vida: necesitaba llenar su tiempo, por lo que decidió inscribirse. En ese centro acudía a clases de idiomas, relajación, gimnasia... Allí se divertía y conoció a mucha gente, pero ella sentía la necesidad de hacer algo más. Así, animada por otros compañeros y amigos del centro, tomaron una decisión: fundar su propia asociación y ampliar las actividades que ofertaba el centro fuera de las paredes del recinto.

A principios de 1978 surgió la idea, y comenzaron a moverse para llevarla a la práctica: reuniones, formación de una Asamblea y elección de una Junta Directiva. Pese a que desde el comienzo realizaron las actividades propuestas, la idea tardó en formalizarse: el 12 de mayo de 1986 los estatutos fueron refrendados en Asamblea y firmados por la Junta Directiva. Una Junta formada por seis personas, tres hombres y tres mujeres, y cuya presidenta era... Fuencisla García de la Cueva. Era el nacimiento formal de ACATEMA, la Asociación Cultural Aula de Tercera Edad de Madrid. Y el 9 de julio de ese 1986 llegó el momento más esperado por todos: la carta del Delegado del Gobierno en Madrid validando la inscripción de la asociación en el Registro Provincial con el número 7.398.

El objetivo de Fuencisla y de los fundadores de ACATEMA, una asociación sin ningún tipo de ánimo de lucro, quedaba reflejado en los estatutos: "Son fines de la Asociación todos aquellos encaminados a promover y desarrollar, social y culturalmente, a las personas de la Tercera Edad individual y colectivamente consideradas, mejorando su calidad de vida, su salud integral y su bienestar general".



Desde la presidencia de la asociación, Fuencisla ofreció una nueva oportunidad para aquellas personas que creían haber vivido ya todo. Visitas a museos, teatros, exposiciones, clases de idiomas, yoga, balnearios y viajes, muchos viajes. A las playas españolas (Benidorm, Roquetas, Benicàssim) y a otros destinos más exóticos, como Japón, Israel, México, EE.UU., Turquía o algún crucero por el Mediterráneo. Consiguió que su marido se implicara en la asociación: como tenían un vivero particular, impartía clases de jardinería con mucho éxito. Francisco estaba entusiasmado, pues había conocido una faceta nueva de su mujer que le sorprendió gratamente. Exclamaba atónito a sus hijas: “¡Hay que ver cómo quieren a vuestra madre!”.

Fuencisla mediaba en las pequeñas disputas que surgían entre los socios. Era una voz de mando respetada por todos. Como afirma Alejandro Mola, actual presidente de ACATEMA: “Es una persona encantadora, con un gran prestigio personal que hacía, con mucha mano izquierda, que se hiciese lo que ella quería”. Problemas en los autobuses a la hora de repartir las plazas o recoger las maletas, el cuidado de las llaves de los hoteles, la medicación de los enfermos, los seguros médicos... ahí estaba Fuencisla para solucionar todo aquello que hiciera falta. Incluso los propios conductores de los autobuses se lo agradecían a sus hijas: “Gracias a tu madre, todo ha salido bien”, era la frase más repetida al final de los desplazamientos.

Gente que estaba sola consiguió un aliciente para su vida y personas que nunca habían viajado pudieron recorrer medio mundo con la asociación, ya que no sólo estaban los viajes de placer, sino los congresos y conferencias internacionales sobre la Tercera Edad donde eran invitados. En los viajes bailaban, cantaban, contaban chistes, recitaban poemas, se disfrazaban... gozaron de una nueva edad para disfrutar momentos que jamás pensaron podían vivir una vez les había llegado la hora de la jubilación. Con su labor, abrió un mundo nuevo a personas viudas, solteras (¡incluso se celebró una boda entre socios!), gente muy sola en la vida que disfrutó de una edad de oro inimaginable. Algo impensable para unas pensiones pequeñas, ya que como recuerda Fuencisla, aunque los ricos podían y la clase obrera tenían ciertas ventajas, ellos estaban “en medio, sin tener dinero, pero con ganas de viajar y con ganas de vivir”.

Fuencisla lo ha dado todo por ACATEMA, y prueba de ello es que por su intermediación la asociación logró salir adelante en un momento crítico. Cuando el Centro Cultural “Maestro Alonso” decidió realizar actividades culturales fuera del propio recinto, la labor de ACATEMA quedó cubierta desde el propio centro, por lo que debieron marcharse. Fuencisla consiguió gracias a Javier García Pérez, Director General de la Asociación Edad Dorada Mensajeros de la Paz, que CAJUMA (Confederación de Asociaciones de Jubilados, Pensionistas y Mayores de Madrid) les facilitara un local en el número 183 de la calle Alcalá para desarrollar su labor. De esto hace ya más de cuatro años, justo antes de que Fuencisla se marchara. Como explica el actual presidente de ACATEMA, Alejandro Mola: “CAJUMA se dedica a hacer cursos de postgrado para la gente que ha terminado Psicología y Sociología y que quiere especializarse en Geriatría. Entonces somos el complemento ideal para ellos: los que están haciendo prácticas de los cursos de postgrado vienen a hacer prácticas con nosotros”.

ACATEMA ha conocido en sus veinte años de vida a sólo dos presidentes. Y es que Fuencisla ha pasado desde la fundación de la asociación hasta el año 2002 en el cargo. Como señala Alejandro Mola: “Fuencisla tiene una gran personalidad y aunque de acuerdo a los estatutos los cargos se renovaban cada dos años, debido a su



prestigio, fue presidenta eterna". A pesar de que ella quería continuar, entre los médicos y sus hijas consiguieron "arrancarla" de la asociación. Aún así, mantiene su vinculación con ACATEMA ocupando el distinguido cargo de Presidenta Honoraria y es informada puntualmente de los actos y avatares de la asociación.

ACATEMA ha disminuido sus actividades, principalmente porque al tener que desplazarse al local de la calle Alcalá ha visto reducidas sus instalaciones de un edificio con tres plantas repletas de salas a un piso con tres aulas. También ha bajado el número de personas: de más de 1.000 en época de Fuencisla a 600 socios en la actualidad. Pero continúan con la misma ilusión y ganas de vivir que Fuencisla puso en sus más de quince años al frente de la asociación. Y ella es la primera en animarles: "Cuando hay un cambio, siempre se sufre un bache. Al irme yo lo tuvieron, pero saldrán adelante".

A pesar de no seguir con la actividad en ACATEMA, Fuencisla continúa contagiando su vitalidad a los demás allá donde va. Desde que recaló en septiembre de 2005 en la Residencia Ballesol, situada en el número 133 de la calle Cartagena, anima a sus compañeros para cambiar su perspectiva de vida y sustituir el sillón por los debates de los martes, la lectura de teatro de los miércoles por la tarde o las clases de memoria diarias.

A pesar de todo lo realizado, la humildad de Fuencisla está por delante, y cuando alguien le recuerda su gran labor, afirma con una sonrisa en los labios: "Yo no he hecho tanta cosa como parece. Así como lo contáis...yo misma digo: ¡qué va, si no ha sido tanto!". Destaca que ha tenido "mucho suerte, porque se apuntaba gente valiosa, con ganas de trabajar y juventud, porque tenían ganas de moverse". Y es que para ella, la clave estuvo en que "allí éramos todos amigos". Pero pese a sus intentos de restarse méritos, Alejandro Mola es tajante: "Fuencisla era el alma de la asociación".

Lo importante de la vida

Las constantes en la vida de Fuencisla han sido cuatro: trabajo, humildad, generosidad y, sobre todo, ganas de vivir. A pesar de que ha sufrido dificultades económicas (se casó en 1941, en plena posguerra, con las cartillas de racionamiento en circulación) y ha conocido la enfermedad en el seno de su familia, de su boca no sale un solo lamento, incluso afirma: "Yo nunca he tenido conflictos, he tenido una vida relativamente facilona". Siempre ha mirado el lado bueno de las cosas, ya que su familia pasó malos momentos, altibajos importantes, "pero no hicimos de nada una tragedia", recuerda.

"Y es que a mí me acompaña la suerte". Para Fuencisla, su familia ha sido lo más importante, y ACATEMA pasó a formar parte de ella. Como asegura el actual presidente de la asociación, Alejandro Mola: "Fuencisla aportó a ACATEMA la vida y yo creo que ACATEMA ha aportado a Fuencisla lo mismo: la vida. Fuencisla la creó y ACATEMA era la razón de vivir de Fuencisla". Cosa que no niega la propia Presidenta Honoraria de la asociación: "Ha sido mi vida durante los últimos veinte años". Y constantemente habla bien de los demás: "Y es que me he encontrado siempre con gente buena, con gente de bien".



Fuencisla nunca se ha venido abajo en los malos momentos. Y en los buenos, siempre “disfrutaba al máximo lo que yo tenía”. Esa es una máxima que ha aplicado a lo largo de su vida, y que sigue aplicando a sus 89 años: “Todas las edades tienen su parte buena y la Tercera Edad también la tiene. Hay que saberse acoplar a ella, darte cuenta de que ya eres mayor y disfrutar de lo que tienes”.

Cuando se le pregunta por su implicación en todos los proyectos llevados a cabo (a parte de ACATEMA, colaboró con Cáritas y participó en la Junta de Padres del Colegio Nuestra Señora de Loreto), Fuencisla sonríe y señala: “Es que yo he sido muy «metija»”.

Para ella, la mejor enseñanza que ha podido recibir en esta vida ha sido mirar al frente siempre con optimismo y dar a cada cosa la importancia justa: “Una de las cosas que he aprendido es que damos importancia a muchas cosas que no la tienen. A lo mejor estás preocupada con lo que va a pasar con un hijo o con una hija o con el trabajo de tu marido, a lo mejor estás preocupada con una cosa que va a salir mal y al final no llega a suceder”.

De sus palabras se desprende esa dulzura hacia el otro, esa satisfacción plena por poder ayudar al prójimo sin buscar nada a cambio, sólo la felicidad ajena, que se vuelve propia al ver el rostro complacido del amigo o familiar más cercano: “La alegría que da, si lo supiera la gente, el dar en vida, nadie esperaría a morirse para darlo. La mayor satisfacción y el mayor regalo me lo he llevado yo”.